

ANTE LA CRISIS DE FE DEL ADOLESCENTE

1. — EL PROBLEMA RELIGIOSO EN LA ADOLESCENCIA

Si en alguna edad se hace difícil la educación del muchacho, es al llegar la adolescencia. Un conjunto de nuevos elementos de la personalidad del futuro hombre asoman por varias partes y en distintas direcciones, rompiendo el equilibrio que presidía el desarrollo de la vida. El jovencito es cual nave que está en trance de doblar el «cabo de las Tormentas»; y esta circunstancia pide, de quien haya de llevar su timón, una mano experta en la ciencia y arte de educar.

El proceder del adolescente, por insólito que parezca, nunca debe sorprendernos. El período penoso por que atraviesa es un hontanar de problemas. Algunos surgen porque de repente se halla frente a situaciones para él inéditas y, además, confusas y provisionales. Otros brotan de la necesidad de adaptarse a las nuevas perspectivas que ha descubierto en la vida.

Estos últimos son los de mayor interés, porque son los más trascendentales. Inauguran una nueva fase hacia la madurez de la persona. Ocurre, por ejemplo, que el muchacho se va dando cuenta de que ya es hora de abandonar su egocentrismo e integrarse vitalmente en la comunidad a que pertenece; de ocupar su puesto en el mundo del trabajo, y también de tomar en serio el interés que nota despertársele hacia el otro sexo. Empieza a vivir estas cuestiones; y cuando sienta la necesidad de planteárselas a fondo, para tomar una posición personal y estable ante ellas, comienza a superar el período de adolescencia, para entrar en el de juventud.

Junto a los problemas mencionados, y con el mismo carácter, es preciso considerar otro que ha de plantearse también a los adolescentes: el problema religioso¹. De ordinario, han vivido en su in-

¹ Cf. MORAGAS, J. de, *Psicología del niño y del adolescente*, Barcelona, Labor, S. A., 1957, pp. 225-227.

fancia la idea religiosa, más o menos intensamente. Luego, al empezar a hacerse hombres, sobreviene gran variedad de dificultades —interiores y exteriores— que tienden a desviarles de la línea que habían venido siguiendo. Por una parte, se les ofrece la realidad religiosa, con toda su carga de trascendencia y con toda su fuerza de imposición; mas, por otra, está la cantidad de factores personales y ambientales que les enfrentan a la religión o les distraen de ella. El conflicto queda planteado.

Si el adolescente no quiere serlo toda la vida, sino llegar a hombre maduro, sólo tiene un camino para lograrlo: solucionar sus problemas, y, a ese fin, tomar respecto de ellos una actitud humana definida. Eso en todos los que le salgan al paso, y, por lo tanto, también en el religioso. Lo que no ha de hacer jamás es soslayarlos, distraerse de ellos como si no existieran.

O sea que el muchacho debe «resolver» su problema religioso. Debe enfrentarse con esta cuestión, y no sólo rozarla: no valen ni el miedo a quedar comprometido ni la inhibición frente a un asunto grave. Su postura ante tal cuestión es correcta sólo si la toma en serio. Prescindamos incluso de si le da una solución acertada o errónea; lo humanamente inadmisibile es que la deje en el aire. La despreocupación religiosa, que tanto abunda, es alarmante, por ser índice de la inmadurez de tantas personas: entre los fallos que puede haber en su proceso evolutivo, uno es el de no haber realizado su integración en lo religioso. Hasta el punto de que, a este respecto, tienen una postura personalmente más correcta el budista fervoroso y el incrédulo convencido que el cristiano indiferente que pasea por la vida una religiosidad sólo nominal, hecha de convenciones y conveniencias.

Así hay que hacérselo ver a los adolescentes. Han de tener el valor de plantearse el problema en términos concretos; y vitalmente, con el propósito de encauzar su conducta en consecuencia con su decisión.

Sólo así, descartadas las zonas ambiguas, puede el educador formar cristianos definidos. Le saldrá al encuentro una dificultad: la resistencia de los muchachos a afrontar un problema que puede comprometer su vida comodona y desaprensiva.

Pero hay que pasar por ahí; y una de las responsabilidades de quien debe darles formación religiosa es presentar a todos el problema con claridad y exactitud, y cuidar de que lo consideren activamente.

Un peligro que acecha a los muchachos es contentarse con un cris-

tianismo a medias, formalista, que es cristianismo carente de sentido². Creemos que el único medio de superar esta falsa posición es resolver «personalmente» el problema religioso. Por eso, decimos que el educador debe incluso suscitarlo en el momento oportuno, hacerlo «explotar» en los adolescentes que se hallen en condiciones propicias para su buena solución. Esto puede ocurrir, por ejemplo, en un sexto Año de Bachillerato, pues se prestan a ello tanto los temas de Religión y de Filosofía que deben estudiarse como la edad misma de los muchachos.

La solución es exacta cuando el adolescente logra decidirse a vivir las creencias religiosas. Si adquieren forma en él la vida ascética, moral, litúrgica y eclesial. Y también sus ideas religiosas: precisamente una de las facetas de su problema religioso es el problema de su fe.

Constituye su fe una cuestión previa a las demás, y suele ser también la primera en aparecer. Por considerarla fundamental, y también bastante delicada, hemos querido contribuir a su estudio con el presente artículo. Vamos a ocuparnos de las dificultades con que tropieza la vida de fe en los adolescentes y de su oportuno tratamiento pedagógico - pastoral.

Con esto último ya se ve que nos fijaremos más bien en las *actitudes personales* que condicionan la fe del sujeto. Ni por un momento queremos olvidar que la fe es un don de Dios ni que, por pertenecer al plano sobrenatural, depende, ante todo, del influjo de la gracia³. Pero como nos interesa examinar el problema desde el punto de vista educativo, parece oportuno centrar la atención en los aspectos psicológico y fenomenológico de la fe del muchacho.

2. — LA CRISIS DE FE Y SUS CLASES

En la adolescencia, la fe da lugar a un problema delicado, porque suele atravesar un período crítico. Llegá un momento para el muchacho en que algún pilar, apoyo de sus creencias religiosas, *parece*

² «Quien no está por mí está contra mí», dice Jesucristo (Mat., 12,30). Escribe Peter VAN DER MEER DE WALCHEREN, en *La gran aventura* (Buenos Aires, Ed. Carlos Lohlé, 1954): «El cristianismo, que pervive en la profunda sencillez de su realidad, no es nunca mediocre. Es vida entre abismos. Es la aventura de la santidad» (p. 25). «No tolera indecisión, es grave como la sangre, exige la totalidad de mi ser. El cristianismo del Evangelio, de la Iglesia, requiere el máximo heroísmo —oso decir: requiere la temeridad máxima de que seamos capaces durante toda nuestra vida. En el «sí» no puede ocultarse jamás una reserva, una mirada de soslayo hacia el «no» (p. 61).

³ Cf. Orr, Ludwig, *Manual de Teología Dogmática*, Barcelona, Herder, 1958, p. 355.

perder firmeza y hundirse. El siente necesidad de sustituirlo por otro inmovible; y tal vez intente hacerlo con empeño y arriesgadamente. Quizá lo consiga, quizá fracase. Es posible que logre un resultado positivo, y hasta con ventaja sobre la situación anterior; pero, mientras tanto, no habrá podido evitar un doloroso sentimiento de inseguridad, la tremenda sensación de ver su fe parcialmente suspendida en el vacío. Todas estas experiencias constituyen la llamada crisis de la fe.

Hay diferencia notable entre dicha crisis y el problema religioso del adolescente. La primera se plantea sola, o mejor, queda planteada por efecto del desarrollo que han sufrido las condiciones cognoscitivas y personales del sujeto; en cambio, el segundo no se suele plantear si el individuo no se lo propone explícitamente, es decir, si no problematiza su posición fundamental respecto de los valores religiosos. Ciertamente que eso mismo puede hacer respecto de la fe; pero en este caso la llamaremos «crisis de actitud», para distinguirla de la mencionada anteriormente, que ha de considerarse como una forma de «crisis de crecimiento». Hablemos un poco de ambas clases de crisis de fe.

a) *Crisis de crecimiento*

El hombre puede ir evolucionando según una progresión espiritual creciente; pero no parece lo haga siguiendo una línea *continua* de ascensión. Aquello de que *natura non facit saltus*, si indica continuidad, no supone monotonía acompasada. Incluso en el orden biológico se habla, por ejemplo, de períodos de crecimiento, y muchos procesos no tienen lugar sin fases críticas. Pero en la categoría de «lo humano», este principio es, desde luego, insostenible. La ascensión espiritual del hombre se hace por sucesivos niveles; y el paso del uno al otro se realiza, sobre todo en los niveles esenciales, por un cambio bastante brusco. Algo así como un salto, no exento de riesgo y aventura, que el hombre ha de dar.

No son otra cosa los períodos críticos que la vida atraviesa. Cuando el hombre llega a una de sus encrucijadas, sube al trampolín desde el que puede lanzarse a una forma superior de existencia. Por eso, la crisis, vista desde ese ángulo, no es mala; hasta puede resultar buena; sólo que también es peligrosa.

Ya se entiende, pues, el sentido que tiene una crisis de la fe. Al ser la fe una realidad muy humana, evoluciona con el hombre, que

puede vivirla en niveles de perfección muy distintos. Algunos de ellos los alcanzará respondiendo a una iniciativa de la gracia de Dios. Pero hay un cambio de nivel, ocasionado por la naturaleza misma, a causa de la evolución o maduración de la personalidad del sujeto: la crisis de fe que normalmente tiene lugar en la adolescencia.

La fe, psicológicamente, implica conocimiento y adhesión. Entre los cambios a que está sujeto el adolescente, hay uno que afecta a su modo de conocer las cosas: el conocimiento pasivo, receptivo, propio de la infancia, se cambiará por un conocimiento activo, es decir, reflexivo y crítico, que le mueva a llamar a revisión todas las nociones que entraron en su mente por la puerta del dogmatismo. También cambia su personalidad, y tal vez frente a muchas cosas modifique su actitud, en nombre de una autonomía de la que ya se siente consciente. Cambiando la forma de ambas categorías psicológicas del sujeto, es lógico que también cambie el «estilo» de su fe: ésta atraviesa una crisis, que es crisis de crecimiento espiritual.

Se trata del paso de la fe de niño a la fe de adulto. El pequeño vivió la religión en buena parte como sentimiento, movido por la presión del ambiente. Pero llega día en que siente la necesidad de darse razón del hecho religioso; y la fe vivida en la infancia, principalmente gracias al influjo de una educación religiosa, debe entonces dar paso a una fe aceptada plenamente de modo reflejo, personal⁴.

Podríamos ahora preguntarnos: ¿Pasan todas las personas por una crisis de fe?

Si se tratara de un fenómeno solamente humano, la respuesta podría ser afirmativa. Pero, anotémoslo de nuevo, la fe es esencialmente un don de Dios, antes que un fenómeno humano.

Y así, hay muchos casos en los que (piénsese en tantos religiosos que siguieron la voz divina aún niños) la gracia previene con tales muestras de predilección al alma, que ésta llega muy pronto a su fe adulta sin crisis de ninguna clase. Día vendrá de la prueba: pero no serán crisis de crecimiento ni de actitud, sino de esas pruebas, a veces durísimas, que Dios permite para que la fe se acrisole en la noche oscura del espíritu.

Sin llegar a esos grados de perfección, hay almas sencillas cuya fe no sufre la mínima conmoción a lo largo de la vida, gracias a una

⁴ GUARDINI, Romano: «La fe pasa siempre por una crisis de crecimiento: la fe vivida en la sencillez de los vínculos familiares debe ser entonces reconstruida desde la base. Al llegar a la edad adulta, el joven tiene que asumir la responsabilidad de su fe». *Sobre la vida de la fe*, Madrid, Rialp, S. A. (Patmos), 1955, p. 21.

aceptación siempre plena y humilde de la misma, ya desde la infancia. Y no se puede negar real madurez a esa fe que, llegado el momento, da pruebas de fidelidad viril, serena y firme, hasta la última excelencia.

Y hay, en fin, casos en que la crisis no llega porque no se ha dado superación del nivel inferior. Sería el caso de los creyentes que creen con notable ingenuidad de espíritu, sin rebasar nunca el estadio infantil; y también cuando las convicciones religiosas tienen su principal aliado en el orden sentimental de la persona: lo que puede ser frecuente en el sexo femenino, pero llega a ocurrir hasta en algún intelectual.

Nuestro estudio se refiere sólo a los casos corrientes que se dan entre los adolescentes que cursan la Enseñanza Media. Entre éstos, lo más común es que deban atravesar un período de reajuste, más o menos largo y doloroso; bastantes de ellos lo viven con notable intensidad, y en ciertos casos, con verdadera angustia.

En cambio, hay otros que confiesan no haber tenido crisis de fe. Lo que pasa en realidad es que, a veces, la crisis no es vivida, por quedar diluida en un período muy largo, y en el que circunstancias intelectuales (subjetivas y objetivas) favorables dan lugar, no a un choque de ideas, sino a una lenta y pacífica sustitución de las infantiles por las razonadas. En tal caso, se comprende que resulte difícil hablar de «crisis», por lo suave de la transición.

b) *Crisis de actitud*

La crisis de crecimiento, para que desemboque en un resultado positivo, ha de resolverse con prudencia. Casi precisa de una técnica. No se trata de suprimir, sin más, la vivencia infantil de la fe, sino de sustituirla por otra más adulta; y que durante la operación, el edificio de las creencias continúe en pie. Lo cual se consigue cambiando gradualmente la presentación de los motivos de credibilidad. Si se descuidara el proceder por grados, se produciría una falsa maniobra, que dejaría el edificio en el aire, y podría ocasionar un real derrumbamiento (suspensión de creencias).

En ningún momento de la crisis puede uno prescindir de la fe o salirse de ella, ni aun provisionalmente. Obrar de otro modo, es decir, constituirse uno en árbitro o juez de sus creencias, supone, desde luego, una crisis de fe. Pero entonces ésta ya no es la que le plantea al adolescente su natural maduración, sino la que se plantea

él mismo con su actitud personal; de ahí que el P. Roig Gironella la llame crisis «de actitud», y la defina como «la disposición en la cual el joven toma una actitud voluntaria, tras la cual podrá o no tener fe»⁵.

Esa actitud representa no sólo una pirueta peligrosa, sino también una postura del todo inadmisibles. Baste decir que se trata de una crisis artificial y voluntaria, en tanto que la de crecimiento, en los casos en que se produce, es espontánea. Esta última crisis toma una forma pasiva, «se pasa», mientras que la de actitud supone un «instalarse» en la crisis. La primera es hija de unas dudas de fe que pudiéramos llamar prudentes, puesto que el criticismo intelectual no deja de ser valioso; la crisis de actitud, en cambio, nace de dudas oscurdas e imprudentes.

Además, esta última rompe la continuidad entre la fe de niño y la fe de hombre. En fin, para decirlo ya todo, en ella se rompe la fe, se renuncia a la fe, se desprende uno de las creencias religiosas. Si la llamamos «crisis», y no apostasía, es sólo porque la renuncia puede no ser definitiva: es renuncia que el sujeto hace como hipotéticamente transitoria.

Recuerda mucho esta postura la que adopta Descartes en la segunda parte de su *Discours de la Méthode*, aunque en él la «duda metódica universal» respondía, como lo indica su nombre, más a un «método» que a una actitud real de duda: suponía un «no apoyarse» en las creencias, para mejor apoyarlas en principios incommovibles; mientras que en la «actitud» a que nos referimos nosotros, lo que hay es una suspensión real, aunque tal vez no definitiva.

La crisis de actitud es un peligro que acecha a toda persona de mentalidad inquieta, si no controla bien el cauce por el que discurre su pensamiento. Este debe hacerlo por el de la razón y por el de la fe; y, a veces, el individuo no sabe, o no procura, impedir que la corriente de la primera invada o desfigure los dominios de la segunda, si no es que la fe pierde ya toda significación. Tal confusión y falta de justeza se advierte a menudo en los adolescentes; y así existe para ellos el peligro de que la crisis de fe, que empezó por ser de crecimiento, degenera y se convierte en crisis de actitud. Tal podrá ocurrir si no resuelven bien la primera.

Todo peligro exige precauciones; y a ese respecto, podemos seña-

⁵ ROIG GIRONELLA, Juan, S. J., *La crisis de la Fe en el joven intelectual*, conferencia pronunciada en el Instituto Filosófico de Balmesiana, Barcelona, el 26 de noviembre de 1955 (inédita).

lar algunos medios para que no se llegue a la crisis de actitud. Quizá el más importante sea una sólida instrucción en el momento oportuno, pues de ese modo podrá impedirse el planteamiento de muchos seudoproblemas.

Realmente, nuestra fe es plenamente «razonable», y nunca habrá razones objetivas que impongan la duda. La firme convicción de este principio ha de ser un sólido asidero del jovencito para cuando se vea subjetivamente asaltado por la vacilación de su mente: puesto que las dudas contra la fe no tienen justificación objetiva, ha de ver el adolescente que en su postura ante ellas influye no poco la voluntad. Así, pues, cuando no se disponga de razones naturales con que superar la duda, la voluntad ha de mandar asentir a las verdades de una fe que, en aquel momento, no aparece salvaguardada por la razón. No es que la voluntad deba sustituir al entendimiento y a los motivos de certeza —la fe católica no es una forma de voluntarismo—; tan sólo debe evitar que el entendimiento se descarríe, y reducirlo a los justos límites de sus funciones. Y eso, repetimos, aun sin ver intrínsecamente la racionabilidad: basta la desconfianza que deben inspirar *las limitaciones del propio entendimiento*, para que el motivo sobrenatural de la fe (la autoridad de Dios que revela) se muestre firme y luminoso. Dichas limitaciones piden que la voluntad impulse a creer y permiten a la persona asumir la responsabilidad de las creencias; y de ahí también que la fe pueda ser meritoria.

3. — MODALIDADES DE LA «CRISIS DE CRECIMIENTO»

Se discute, a veces ⁶, sobre el carácter que tiene el problema de la fe en los adolescentes. Hay quienes opinan que es de naturaleza intelectual, originado por dudas que surgen en torno a los fundamentos de la fe; y hay quienes sitúan su raíz en la voluntad, afirmando que si el joven vacila en la fe es porque en realidad no le interesa creer, porque le falta entrega a las exigencias de la fe.

Sin duda, hemos de procurar descubrir las causas de la crisis. Cuando ésta es simplemente de crecimiento, habrá que buscarlas en la evolución a que está sometido el adolescente, pues es ésta quien le cambia la perspectiva que tenía de las cosas ⁷. Ahora bien, su evo-

⁶ *Jornadas Catequísticas Lasalianas, Cambrils, 1959, Catequética La Salle, Tejares-Salamanca, 1959, p. 94.*

⁷ LECLERCQ, Jacques: «Esa inquietud que se siente no es otra cosa que la señal de un desequilibrio entre la formación humana y las convicciones religiosas, y una invitación a restablecer el orden por una verificación de las creencias».

lución es total, ya que afecta a la inteligencia y a las disposiciones activas. Ambas pueden ser, por lo tanto, fuentes de la crisis.

Tal vez se den las dos causas en un mismo sujeto; pero lo normal es que en cada individuo una de ellas predomine sobre la otra, de acuerdo con los dos grandes tipos de muchachos que podemos considerar. El muchacho introvertido, caviloso, se sentirá preocupado por la cuestión racional de la certeza de la fe. El extravertido, sociable y activo, que vive al margen de los problemas ideológicos, puede chocar con la fe más bien porque la siente como un yugo que pesa sobre sus impulsos y su conducta.

La crisis de crecimiento, pues, tiene estas dos modalidades tan diversas, cada una de las cuales requiere un estudio particular. Empecemos por decir en qué consisten.

a) *Crisis de raíz intelectual*

Puede empezar en el momento en que tiene lugar la «pubertad intelectual», en expresión del P. Roig Gironella. Acaba de hacer el adolescente el descubrimiento del propio yo, que pasa a tomar las riendas de su persona. Procura sustraerse a las influencias de los demás, que hasta ahora habían sido la norma de su conducta. Viene a hacerse en adelante el responsable de todas sus actitudes humanas.

Responsable de sus criterios sobre todo. En su atenta observación de las personas y las cosas, ha visto derrumbarse muchas «verdades», que había aceptado como tales, fiado en la autoridad de sus mayores. Nace en él un sentimiento de desconfianza respecto a todo lo que creyó demasiado fácilmente cuando niño. Las creencias religiosas no hacen excepción a esa postura general. El muchacho se pregunta por la razón de ellas, y hasta que la encuentre puede sentirlas como un cuerpo extraño en su ideología.

Tal es la causa subjetiva de la crisis; pero junto a ella existe también una causa objetiva. Proviene esta última del carácter propio de los conocimientos que son objeto de la fe, pues, en cuanto al modo de ser conocidos, son los menos apropiados a la naturaleza de nuestro entendimiento: son sobrenaturales. En efecto, cuando el hombre conoce algo, sea en el orden sensitivo o en el intelectual, suele ser él quien llega al conocimiento, activamente: la evidencia lograda suele versar sobre el objeto mismo. Mas en el caso de la fe, el objeto es

conocido por «autoridad». Se explica, pues, la dificultad del adolescente en dar su adhesión, desde el momento que empieza a desconfiar de la fuerza del argumento de autoridad.

No es que deba negarla en absoluto: ello no sería razonable, y, además, haría imposible toda fe. Pero querrá someterla a una severa crítica; y habrá que reducirla a sus límites debidos, de manera que no sean conculcadas las justas aspiraciones de la razón individual. Tras ello, el joven no tendrá inconveniente en aceptar la fe, que así se compagina con su legítimo afán de independencia. Y de ese modo viene a adquirirse una cierta autonomía, cualidad indispensable en la fe propia del adulto⁸.

Siempre nos hemos referido al muchacho que de pequeño tuvo fe y religión; su crisis es una transformación de la fe, en consonancia con la transformación que experimenta el psiquismo. Pero hay, además, el caso del que en su infancia no tuvo verdadera educación religiosa ni ha sentido lo que es la fe. También éste en su adolescencia ha de descubrir, casi necesariamente, el problema religioso. Probablemente lo descubra por causas de índole intelectual. Se hallará entonces en ocasión de optar por la fe, lo cual puede representarle una crisis, que en él más debiera llamarse de nacimiento que de crecimiento.

Dicha crisis será más o menos aguda, casi siempre difícil. La religiosidad es planta delicada, que debe desarrollarse a partir de una semilla: en la familia y en la tierna edad es cuando debe ser depositado en el corazón del niño el germen religioso, que madurará al calor del sentimiento. Cuando hay que injertar esta planta en un individuo crecido, la operación resulta más difícil. La crisis, en el primer caso, será únicamente un problema de cambio de visión de la religiosidad; mientras que en el segundo es problema de «creación» de la misma.

⁸ MENCÍA, Gabriel, F. S. C., «Cuando se dice que la fe del adulto es autónoma, quiere decirse que no acepta lo que se cree y se practica en el medio en que vive de una manera pasiva, como generalmente hace el niño, sino que, teniendo conceptos propios y siendo capaz de reflexión crítica, presta consciente y libremente su adhesión personal al objeto de la creencia. Sabe lo que cree y por qué lo cree. Su fe llega, a través de los motivos de credibilidad, a apoyarse directamente en el auténtico motivo de la fe». *Las etapas evolutivas de la fe y la acción educativa*, Síntesis, 1 (1960, p. 44).

b) *Crisis radicada en la personalidad*

Podría parecer que las crisis de fe nacen sólo en la inteligencia del joven. Pero a menudo habremos de buscar una raíz más profunda, si consideramos que la inteligencia no siempre es autónoma, sino que su funcionamiento viene condicionado, en buena medida, por todos los demás resortes que actúan en la persona. Como dice Guardini⁹, «las opciones intelectuales sirven de pantalla a aventuras espirituales más profundas»; son, en realidad, una expresión del hombre total¹⁰.

Es todo el joven —voluntad, sentimiento, instintos, ideales, alma, cuerpo— quien se siente bajo los imperativos de la fe; y por cierto que ésta lleva en sí la tendencia a penetrar hondamente en la vida. Se comprende, pues, que en la respuesta del muchacho —positiva o negativa— operen factores cuya fuerza puede casi determinar, o al menos predisponer notablemente, los dictámenes de la inteligencia.

En algunos, por lo menos, es indudable que así ocurre. Se trata de ese tipo de personas en que los valores vitales se sobrepone y desplazan a los lógicos; de sujetos que no se rigen por ideas, sino por actitudes; que no atienden a normas universales de conducta, sino a los impulsos del temperamento y el carácter.

Tales individuos, para quienes la religión es una forma de vivir, y no sólo una forma de «comprender» la vida, también pueden sentir una sacudida en su fe al llegar a la adolescencia. En esa coyuntura, les invaden nuevos gustos y apetencias, que no sólo divergen de los anteriores, sino también no poco de las normas morales impuestas por la fe. Habrá, pues, peligro de ver en ésta un estorbo, de considerarla como un peso, cuya eliminación permitiría vivir con más holgura.

Y todavía hay un agravante: el desequilibrio que suele reinar entre los factores de la personalidad en la adolescencia, cada uno de los cuales evoluciona según su propio ritmo. La inteligencia no siempre se armoniza con la voluntad, ni la fantasía con las realidades que la vida impone. En tales circunstancias, la fe no puede asentarse co-

⁹ O. c., p. 15.

¹⁰ A causa de la unidad que preside a todos los factores integrantes de la persona. La razón es solo uno de ellos; y quedaría deshumanizada, y por tanto desapropiada para el hombre, si se la aislara demasiado de los demás. Por eso la misma Filosofía, para ser auténtica, no debe ser en exceso intelectualista. Cf. IRIARTE, Joaquín, S. J., *El problema filosófico*, Barcelona, L. Miracle Ed., 1953, p. 95.

modamente, porque el terreno es movedizo y sin demarcaciones estables; y es lógico que haya de pasarse un período de molesta y difícil adaptación.

Por otra parte, hay personas con actitudes apriorísticas sobre la fe: la rechazan sin atender a razones, que ni les interesan ni les penetran; la vida y sus afanes es lo único que les preocupa. No poco de eso podemos ver en las crisis de algunos adolescentes.

4. — LA CRISIS DE FE DE RAÍZ INTELECTUAL

a) *Su forma clásica*

Definida ya anteriormente, vamos a tratar de algunos de sus problemas más comunes, así como de la intervención educativa que requieren.

Casi siempre, la crisis de fe despierta en el jovencito sentimiento de culpabilidad, que le abate y le hace creer humillante manifestar las dudas a los educadores. Por eso, a menudo, prefiere replegar estas dudas sobre sí mismo, en vez de buscarles aclaración en quien podría dársela. La consecuencia es el recrudecimiento de la crisis, y hasta quizá el no poder en modo alguno solucionarla. El educador debe hacer notar a sus alumnos lo natural y corriente que es el fenómeno de la crisis de fe; y animarles a que, con toda confianza, acudan a sus maestros en busca de la solución que siempre tendrán sus problemas.

No se saben resolver todas las dudas por falta de ciencia suficiente. Así hay que hacérselo ver al muchacho, para que las soporte con humildad en espera de que se proyecte luz sobre ellas. El profesor les convencerá, en forma prudente, de que no busca imponerles doctrinas gratuitas, pues ni él ni nadie tienen interés en ello, sino que, por el contrario, si se les enseña una doctrina, es porque sin ella la vida no tiene pleno sentido, y, además —como no puede ser menos—, porque la apoyan razones poderosas y convincentes. La confianza que el muchacho debe tener en la sinceridad y capacidad superior del maestro, así como en la seriedad con que la Iglesia estudia las cuestiones religiosas, han de ser un fuerte móvil que le ayude a determinar su actitud ante los problemas que todavía no tiene dilucidados.

El profesor debe empezar por dar una idea exacta de muchas cuestiones religiosas. Hacer comprender a los alumnos, por ejemplo, que los misterios no van *contra* la razón, sino que, simplemente, están *sobre* la razón, es ya resolverles una notable dificultad en que su

ignorancia tropezaba. Lo mismo ha de ocurrir si las verdades religiosas de orden natural les son demostradas de modo convincente, y dando siempre pie al diálogo.

No es difícil encontrarse con alguno que admita muy bien la existencia de Dios, pero que diga parecerle todo lo demás muy «oscuro». Es evidente, también aquí, el hecho de la ignorancia del jovencito. No habrá ocasión de razonarle todos los puntos del dogma católico (referentes a la Revelación, a Jesucristo, a la Iglesia) con suficiente amplitud¹¹; pero el hacerlo respecto de algunos, con objetividad y competencia, bastará para que el alumno admita la solidez de las verdades que aún no ha podido aclarar satisfactoriamente.

La todavía reducida inteligencia de los discípulos permite refutar ampliamente algunas de las objeciones que suelen éstos formular; y pudiera incluso convencerseles a menudo con argumentos de poco valor. Pero el profesor consciente evitará toda mera demostración *ad hominem*, teniendo presente que sus respuestas han de poder servir a su alumno en cualquier circunstancia de su vida.

Creemos que es preciso llegar al fondo de la cuestión en la medida en que lo consienta la capacidad de los muchachos. No sólo por motivos de sinceridad, sino también para darles formación sólida, y particularmente por las dificultades que puedan sobrevenirles cuando más tarde amplíen sus lecturas y conocimientos.

El profesor de alumnos mayores debería adentrarles en toda la hondura del problema de la fe, de modo que éste ya nunca haya de ser rectificado. Un modo sugestivo y no muy difícil de hacerlo podría ser el concretar este problema en algún personaje que lo haya vivido intensamente (Unamuno, Bergson, Camus...); la exposición detallada de su caso, junto con una crítica justa, pueden dar mucha luz. Y, además, vacunar al joven contra el peligro de dejarse deslumbrar por las ideas de las grandes inteligencias descarriadas.

Este peligro acecha a la mayoría de los futuros intelectuales. No estarán aquí de más, por lo tanto, unas palabras sobre la importante cuestión de las lecturas.

Toda exhortación a los adolescentes para que tengan en esta ma-

¹¹ Porque estará fuera del programa escolar de Religión. En el plan 1938 de Bachillerato, se estudiaba la Apologética en 4.º Año. ¿Es conveniente ese estudio en el Bachillerato? Se ha discutido bastante. De hecho, la presentación sistemática de objeciones que se hace al muchacho, a veces no bastante inteligente para captar luego lo profundo de su refutación, no parece recomendable. Quizá haya mejor solución en saber valerse de las ventajas que brinda el plan actual: en 6.º Año, p. e., la explicación conjunta de Religión y Filosofía puede permitir al profesor dejar bien claro el hecho de la armonía entre la razón y la fe.

tería gran cuidado resulta pequeña. Y lo peor, que, a veces, resulta inútil: aun los mejores de entre ellos suelen hallarse poseídos de una curiosidad intelectual que fácilmente raya en imprudencia. Los inconvenientes ya se ven: leer a un autor superior a nosotros en inteligencia, empuje y recursos dialécticos es aceptar un combate en lamentables condiciones de inferioridad, y del que no saldremos inmunes. Nadie debiera hacer una lectura, si no se siente capaz de criticarla con competencia.

Dicha competencia no la tienen en absoluto los jóvenes. Esto supuesto, hay que hacerles entender que determinadas lecturas pueden causarles gran daño (y recordarles que algunas, las que señala el Derecho Canónico, de ningún modo les es lícito hacerlas sin permiso). Conviene comprendan que no se les quita la posibilidad de leer tales o cuales obras; pero que les es necesario «aplazar» esas lecturas hasta que estén preparados para enjuiciarlas. Acostúmbreseles a consultar sobre la conveniencia o peligro de lo que desean leer. Y otro consejo que ha de serles muy provechoso, aun en el orden puramente intelectual, es que, antes de ir a las obras originales de ciertos autores (Freud, Heidegger, etc.), asimilen algunos estudios sistemáticos y críticos —en todos los órdenes— sobre los mismos.

Será bueno leer en clase extractos de algún científico o pensador un poco apartado de nuestras ideas religiosas, descubriendo a los alumnos dónde están los puntos flacos y haciéndoles ver su inconsistencia.

Son bastantes las formas anómalas que tiene el muchacho de resolver su crisis. No es raro el caso aludido del adolescente «deísta», que como verdad firme se queda sólo con la existencia de Dios. Otros se quejan de que no tienen fe, y ahondando un poco, se ve que lo que en realidad les sucede es «no sentir» la fe; confunden los dos órdenes del entendimiento y voluntad y del sentimiento. En estos y otros casos, el remedio es la instrucción seria y clara, propia para librar al muchacho de los confusionismos que suelen oscurecer sus ideas. Así es como, al fin, a base de paciencia, se conseguirá poner en ellas la armonía que la verdad exige.

b) *Una forma especial de crisis*

La forma más ordinaria de crisis de la fe, en los adolescentes, afecta sólo a algunas cuestiones generales y a los motivos de credibilidad. Pero hay otra más profunda, que afecta a la raíz misma del

problema de la fe: se trata del aceptar o no la realidad religiosa, de definir la postura fundamental del individuo ante la fe.

Vivía esa dificultad aquel joven que razonaba así: «Para mí, la existencia de Dios no es una cosa evidente; por lo tanto, en mi vida he pensado prescindir de El.» Si las verdades religiosas fueran «evidentes», con el mismo carácter con que lo es el teorema de Tales, no cabría la postura de los incrédulos. Mas, por ser las verdades religiosas de orden distinto, pues no determinan con necesidad absoluta el asentimiento del hombre¹², la aceptación de ellas es cuestión en parte «personal», individual. Nos salimos un poco del orden lógico; la crisis toma un carácter y pide una solución típicamente «humanos», y, por ende, en buena medida subjetivos. De todas maneras, la orientación general han de darla criterios objetivos, que son los que vamos a estudiar aquí.

Se puede razonar la fe; pero la fe no es conclusión de un silogismo. La prueba de la racionalidad de la fe no es la fe ni es causa de ella.

No nos adherimos a la verdad de fe *porque* vemos razonables los motivos en que se apoya. Creemos porque, prevenidos por la gracia de la fe, inclinamos gustosos y agradecidos la inteligencia y la voluntad a la palabra de Dios: sin razonar.

El razonamiento vendrá después: para comprobar que nuestra fe es razonable, o para demostrárselo a un incrédulo. La fe, si es razonable, es también «inefable».

Pero, atención. Si la Apologética del siglo pasado tuvo que defenderse de la excesiva carga racionalista que se ponía en la fe, hoy, en cambio, se valora mucho el aspecto irracional del conocimiento¹³; y, por lo mismo, frente a la tendencia a ver en la fe una mera categoría vital, la Teología fundamental de nuestros días ha de subrayar el cometido insustituible de la razón¹⁴. Las otras dos actitudes son igual-

¹² En la fe no sucede como en matemáticas: es posible ver la verdad de la fe y no adherirse a ella. Aquí se ve la diferencia entre los valores vitales (fe) y los puramente lógicos. Al tener los primeros que imprimir en nuestras vidas un tipo de conducta, el sentimiento y la voluntad influyen en gran manera en su aceptación. Por eso a veces se observa en las historias de los conversos, el abismo que media entre reconocer la verdad religiosa y prestarle adhesión.

¹³ Piénsese, p. e., la fenomenología de Heidegger, en Scheler y su emocionalidad, en el intuicionismo de Bergson, en Blondel y su Filosofía de la acción. Es que en el «esprit de finesse», el «coeur», tenemos un factor de conocimiento comparable al «esprit de géométrie». Cf. GUARDINI, Romano, *Pascal o el drama de la conciencia cristiana*, EMECE Edit., Buenos Aires, 1955, p. 160.

¹⁴ Cf. SCIACCA, Federico, *Iglesia y mundo moderno*, L. Miracle Ed., Barcelona, 1957, p. 182. Pío XII insiste en este sentido en la encíclica *Humani generis*. Como ejemplo de tendencia a reducir la fe a un plano irracional, citamos la «paradoja absoluta» de Kierkegaard: Cf. GUARDINI, *Pascal, o. c.*, pp. 187-194.

mente erróneas: la postura objetivada de los racionalistas, para quienes sólo se trata de abrir los ojos y *ver con evidencia*, y la de quienes todo lo fían al *sentimiento*, que peca de subjetivista.

Son erróneas porque no son humanas: el hombre no es sólo pensamiento, ni sólo corazón, sino que es ambas cosas a la vez, espíritu y vida, en una maravillosa unidad personal. En él, razón e intuición no se oponen, sino que se unen, y le hacen posible un conocimiento superior al racional¹⁵, aunque todavía natural. Pues bien, esa unidad de la «persona» ha de reflejarse en todas las vivencias referentes a la fe. Y las llamamos vivencias porque no son otra cosa: un acto del hombre *total*, fruto de su pensar, sentir y querer¹⁶.

En muchos casos conocidos, se ve clara esta fenomenología de la fe, que significa tener de Dios un conocimiento de carácter también singular, personal, en cierta manera inmediato¹⁷. Precisamente en el joven, la fe ha de educarse, no refiriéndola a un Dios lejano de él, sino a un Dios presente, que se acerca, que le ama y al que ha de resolverse a servir y seguir; la fe se educa con la acción y la oración. Con la oración decimos, porque la fe está impregnada de mística¹⁸. El hombre puede demostrar la existencia de Dios; mas el vivir la presencia de la realidad divina no es un simple elemento de ese edificio de estructura lógica.

Pero hemos querido poner de relieve el carácter personal y uni-

¹⁵ Cf. SCIACCA, F., *El hombre, este desequilibrado*, Barcelona, L. Miracle Edición, 1958, p. 267.

¹⁶ LECLERCQ, J.: «Al ser la fe una adhesión vital, fruto de una experiencia vital, empeña a todo el hombre y procede de un movimiento de todo el ser». *O. c.*, p. 37.

¹⁷ IDEM, «El punto central de la fe lo constituye la adhesión a Cristo [...] es un contacto de hombre a hombre, de creyente a Salvador. Se presenta como un estado de confianza en una persona determinada». *Ibid.*, p. 13. Este encuentro con Dios personal, tan distinto del Dios de ciertas filosofías, fue el que tuvo Pascal en aquella memorable noche del 23 de noviembre de 1954, en que redactó su famoso «Memorial». Cf. GUARDINI, *Pascal, o. c.*, p. 43. *Ib.*, p. 49: «Todos los conceptos podrían solo indicar algo sobre El; jamás a El mismo. El está por encima de todo concepto y sólo se nos da realmente cuando El se nos da. Únicamente se lo puede contemplar cuando se presta. Sólo se puede hablar de El, si El nos habla, y con las mismas palabras de su Verbo».

¹⁸ Recordemos, p. e., que fue leyendo a los místicos españoles como Bergson se convirtió: Cf. IRIARTE, J., *El místico gesto de Bergson*, Razón y Fe, 738-739 (1959), 25-38. En la obra de Aldous HUXLEY, *Filosofía perenne* (Buenos Aires, Ed. Sudamericana, 1947), a pesar de lo erróneo de las tesis defendidas puede apreciarse lo humana que es la tendencia a un conocimiento místico de Dios. Gustave THIBON escribe de Nietzsche: «Un irresistible impulso místico impúlsale, a su pesar, más allá de las ilusiones barridas por su terrible lucidez, hacia el misterio del «Dios desconocido». *Nietzsche o el declinar del espíritu*, Desclée de Brouwer, Buenos Aires, 1951, p. 15. Por ese camino llegó también a la fe Edit Stein.

tario del acto de fe, principalmente a fin de precavernos del error de principio a que ya se ha aludido, y en el que demasiados incurren: de la pretensión según la cual las verdades de fe, para ser creídas, deben mostrarse al hombre como evidentes «*more geometrico*». Esto ya no sería la fe. Y es imposible que tal actitud pueda conducir a ella, puesto que se toma un falso camino; los que se plantean el problema de la fe sólo en términos de inteligencia, se extravían ya desde los primeros pasos¹⁹.

Crear no es un acto sólo intelectual, ni lo ha de ser. La inteligencia suministra motivos que harán razonable la aceptación de las verdades; pero la opción de aceptarlas es un acto de la voluntad o, mejor, de la persona libre y responsable (bajo la presión del *don divino* de la fe); la persona cree porque quiere creer. Todo lo cual resume magníficamente Santo Tomás cuando dice de la fe que es un *rationabile obsequium*.

En la decisión de asentir a la fe hay algo que pertenece al orden irracional del hombre. Creer es, en último término, un «entregarse», un echarse en brazos de Dios. No falta ahí una sensación parecida al vértigo de quien va bordeando el abismo. Pero son también inefables la felicidad y seguridad que inundan al alma después de tal experiencia.

Esa paz no debe extrañarnos, pues al entregarse a Dios la persona, da curso al instinto religioso que tiene. Decimos «instinto» porque creemos que la necesidad religiosa del hombre pertenece al orden vital²⁰; de tal modo, que el que se despoja de la fe, aunque crea hacerlo en nombre de la razón, mutila su naturaleza humana. Así ocurre, no sólo porque la vida humana contiene la llamada categoría de lo sagrado, que es irreductible a cualquier otra, sino, además, porque el hombre está constitutivamente religado a Dios²¹ y es, por su naturaleza, una referencia a Dios²².

¹⁹ GUARDINI, R., «Subsiste el hecho de que la fe propiamente dicha es un comienzo de orden existencial y, como tal, no se podría deducir de nada. No hay ninguna analogía con el acto del razonador que de ciertas premisas extrae la conclusión final». *Sobre la vida de la fe*, o. c., p. 40.

²⁰ GARREL, Alexis, «Un análisis puramente científico de la realidad, demostraría que la religión está junto a bases de la vida». *Día tras día*, L. de Caralt, Barcelona, 1957, p. 208.

²¹ Cf. ZUBIRI, X., *Naturaleza, Historia, Dios*, Madrid, Editora Nacional 1944, p. 460.

²² Lo advierten, desde puntos de vista distintos, Suárez y Pascal. GUARDINI glosa maravillosamente este pensamiento en su libro varias veces citado, pp. 86 y 90-92: «El hombre es un ser que, en su estado actual, no se puede comprender a partir de sí mismo. El no se reduce a los límites del mundo natural o del orden humano. Es por naturaleza *ad Deum creatus*; por ello está dispuesto al

Todo esto sobrepasa, ya se ve, los esquemas del pensamiento filosófico racionalista. En el hombre, la razón cuenta mucho, pero el hombre es más que su razón. De ahí que ésta no tenga derecho a rebelarse cuando le sale al paso el misterio; ella se resiste a admitirlo, mas todo nuestro ser anhela introducirse en él. Porque no hay nada más humano que el misterio: es humana la religión, y ésta sin misterios no tendría sentido²³, ya que los ha de suponer la dimensión de trascendencia que la religión abre ante nosotros.

Valgan estas consideraciones para hacer notar lo mal que a veces se enfoca el problema de la fe. Hay que desconfiar del racionalismo, que desfigura el sentido de la religión y es responsable del tipo especial de crisis de fe que muchos experimentan. Dicha crisis debe solucionarse planteando el problema en otros términos. A menudo, cuando queremos suscitar en alguien la fe, apelamos sólo a motivos racionales, sin hacerle caer en la cuenta de que tal vez son secundarios —y más, desde luego, lo son sus objeciones a tal o cual argumento—, frente a esa necesidad que el hombre normal tiene de creer, y que nace de su aspiración a encontrar en Dios el sentido de su ser en el mundo. Es esto lo primero que deberíamos mostrar, y las razones de creer serían recibidas de otro modo²⁴.

La fe es más una actitud humana que un conocer. Y debemos hacer patente al joven, aun desde el punto de vista natural, la necesidad de que adopte esa actitud de confiada entrega a Dios; tanto porque así se lo pide la íntima inclinación de su naturaleza como porque no dispone de otra posibilidad para dar cabal sentido a su existencia. A la verdad, quien se obstina en no admitir a Dios, a la postre se encuentra con que todo es absurdo. La vida del hombre es presa de acuciantes incógnitas, que su inteligencia nunca logra despejar²⁵. Sólo en la religión y en sus enseñanzas cabe hallar la

encuentro con Dios y a una participación viviente en la naturaleza divina». p. 90.

²³ Baste decir que no satisfaría el sentido religioso del hombre. Por eso lo demasiado evidente como pudiera ser un milagro, quizá no resulte suficiente para convertir a un incrédulo. Recordemos el caso de Alexis Carrel; y también el de los judíos que, «con haber hecho Jesús delante de ellos milagros, no creían en El» (Juan, 12, 31).

²⁴ En la novela de Albert CAMUS, *La peste*, Ed. Taurus (Buenos Aires, 1957). llega a decir el P. Paneloux en su sermón, p. 167: «Hermanos míos, ha llegado el momento en que es preciso creerlo todo o negarlo todo. Y, ¿quién de entre vosotros se atrevería a negarlo todo?». Estas palabras pueden representar una lección para los que aún no tienen del todo resuelto el problema de su fe. (Por lo demás, no se entienda por eso que estamos completamente del acuerdo con la visión del Cristianismo que Camus pone en boca del jesuita).

²⁵ RUSSEL, Bertrand: En *Filosofía* «hay muchos problemas —y entre ellos los que tienen un interés más profundo para nuestra vida espiritual— que,

respuesta definitiva. Si el hombre no quiere aceptarla, todo en él es un interrogante lleno de trágica angustia. Tal es nuestra más ineludible necesidad: tener que elegir entre Dios y el absurdo, es decir, entre Dios y la nada. La única solución razonable es caer de rodillas y decir: Creo.

5.— LA CRISIS RADICADA EN LA PERSONALIDAD

Es cierto que a muchos adolescentes las dudas de fe les vienen de un problema intelectual. Pero no son pocos aquellos cuyas ideas, en el fondo, nacen de sus impulsos más bien que de su razón. Es frecuente hallar personas de esa tipología mental²⁶, y cuando más notoriamente la acusan es en su adolescencia. Puede incluso afirmarse que, por lo común, todos los adolescentes tienen alguna etapa de desequilibrio personal, en la que toman actitudes muy poco razonadas. Algunas de tales actitudes se refieren al tema de la fe, que con ello atraviesa un período crítico.

Así, hay quienes juzgan de ella con superficialidad pasmosa, y rechazan unas creencias o se adhieren a otras por motivos que se diría son puramente gratuitos. La falta de rigor mental en algunos jovencitos es grande: tomarán por ilusoria la misión divina de la Iglesia, por ejemplo —y nunca la han estudiado...—, pero se aficionarán a creer en la transmigración de las almas o el espiritismo. Desde luego, no sabrían explicar el porqué de este cambio de ideas; pero la verdad es que las cambian. Quizá se deba a un impulso reaccionario frente a lo que aceptaron por influjo externo o no parece satisfacer sus móviles subconscientes. Ahora bien, lo que conviene hacer para corregir la falsa posición de esos muchachos, además de mostrarles afecto y comprensión, es ejercitarles en una sana dialéctica, que les haga distinguir bien entre razonamiento y fantasía. También necesitan instrucción sólida, lo mismo que aquellos cuya fe tropieza en al-

en los límites de lo que podemos ver, permanecerán necesariamente insolubles para el intelecto humano, salvo si su poder llega a ser de un orden totalmente diferente de lo que es hoy». *Los problemas de la Filosofía*, 2.ª ed., Labor, S. A., Barcelona, 1937, p. 180 s.

²⁶ Y lo chocante es que luego puedan ser llamadas «pensadores». Por ejemplo Unamuno, de quien ya dice bien Julián MARÍAS que «ejerció un influjo profundo, vivo, violento, como entonces era menester, hecho de calor más aún que de luz, sobre las mentes españolas» (*La Filosofía española actual*, Espasa Calpe, S. A., Barcelona, 1948, p. 10). Es un gran sentimental, que profesa más culto a la estética que a la lógica: en la paradoja más bella es capaz de decir el error más enorme. Y por eso «cuanto ha escrito Unamuno, ha de llamarse su «aventura» (LAÍN ENTRALGO, Pedro, *La espera y la esperanza*, 2.ª ed., Ed Rev de Occidente, Madrid, 1958, p. 389).

gún problema mal planteado, como es a menudo el de la predestinación.

No insistiremos en el caso de los que niegan o dudan porque no tienen fuerza de voluntad para someterse a las exigencias morales de la fe cristiana. No es extraño que vacile en ella el joven cuyas costumbres dejan mucho que desear²⁷. En talos casos, que no son poco frecuentes, una buena confesión y algunas palabras de aliento serán más útiles que un largo discurso apologético.

Hay otros jovencitos que son empujados a reacciones arbitrarias por su temperamento, anómalo y aun quizá psicopático. En todos los órdenes de su conducta, y también en su ideología religiosa, adoptan actitudes peregrinas, inesperadas, en las que se cierran. No resulta fácil hacerles entrar en razón y cambiar de punto de vista. Quizá lo que mejor pueda influir en ellos sea el impacto de la convivencia con sujetos creyentes que viven con intensidad la fe, sobre todo si son de su mismo ambiente. Más que argumentar, hay que moverles mediante el influjo personal.

También adoptan una actitud inmotivada los que son reacios en someterse a la fe por orgullo y espíritu de rebeldía. Lo que precisan ante todo es romper la costra espesa de su autismo. El mejor remedio lo hallarán en su cristianismo «vivido» con autenticidad. Ha de empezarse por inducirles al servicio de los demás, a la entrega generosa; y esta abnegación de sí mismos acabará por allanarles el camino que les ha de conducir a Dios.

Finalmente, recordemos a quienes en hacerse el descreído ven un modo de alardear de «espíritus fuertes». Son pobres muchachos que creen necesario demostrar su hombría; así procuran librarse del sentimiento de inseguridad personal que les invade. A veces, tienen también no poco de pedantes e infelices. Les hace falta encontrar a un educador abnegado y competente que les aprecie y se interese por ellos, y que tenga la paciencia de corregirles, poco a poco, los muchos fallos de su personalidad.

En todos los casos mencionados hay que dar a los adolescentes una buena base de ideas, de la que carecen; pero tan importante como esto será hacerse cargo de sus dificultades, con afectuosa comprensión. De ese modo se allanará el camino para llegar a infundirles una cabal conducta cristiana, hermana de la fe.

Conducta crística: a esto hay que tender. Es muy peligroso que

²⁷ «Quien obra mal aborre la luz», dice Jesucristo (Juan, 3,20); «bienaventurados los que tiene puro su corazón, porque ellos verán a Dios» (Mat., 5, 8).

la formación religiosa de nuestros muchachos de Enseñanza Media sea tan sólo intelectualista. Ellos aceptan bien una instrucción de ese tipo, porque sienten curiosidad y la discusión les encanta, como un deporte cualquiera. De esta forma pueden llegar, sin duda, a admirar el edificio lógico de la Religión, pero de ahí ¿pasarán a practicarla? Esto es lo problemático y también lo grave. Lo grave, sí, ya que la Religión no es tanto una ciencia como una vida. No hemos formado la religiosidad de nuestros jóvenes mientras no hayamos conseguido que vivan la religión. En esto ha de consistir la plenitud de la fe que para ellos deseamos ²⁸.

José María QUINTANA, F.S.C.

²⁸ MENCÍA, Gabriel: «Otra característica importante de la fe del adulto es la integración. En la vida del niño se da fácilmente la disgregación. No hay acuerdo muchas veces entre el pensar, el querer y el obrar [...] en la persona adulta, en cambio, las ideas forman un todo sistematizado, organizado. Y esas ideas dan a toda la vida una orientación determinada. En la persona que tiene fe de adulto, la vida se integra en la fe». *L. c.*, p. 44 s.